

Capítulo 1

Uno a uno fue subiendo los escalones, en puntas de pie. Lo desquiciaba la oscuridad viscosa que flotaba escaleras arriba, y también el silencio. No un silencio inmutable que uno tomaría por ausencia de peligro, sino aquel que perduró luego del grito abrupto y sofocado de una joven, o quizás de un niño, una boca amordazada por la crispada mano del asesino.

Abajo, desde el *living*, asomaba la luz pálida de una lámpara de no más de cuarenta voltios que se balanceaba en un cable precario y emitía reflejos fantasmales a lo largo del patio. Un difuso olor a carbón y carne quemada impregnaba la casa encubriendo al olfato la comisión del hecho trágico. La mano derecha de Bonet se aferraba a la baranda de un hierro frío y áspero, la otra sostenía su 9 mm, todavía con el seguro puesto. Se resistía a la acción práctica de amartillar el arma, aun cuando se jugaba la vida. Era como dar un paso del que no se podía volver, o precipitar lo que podía ser evitado.

Escuchó ruido abajo y vislumbró el macizo cuerpo del sargento Rivero, que empezaba a seguirlo por la escalera. Bonet lo frenó, agitando su mano desarmada. Al mirar hacia atrás pudo ver un ángulo del interior del living. La cabeza de la mujer, inerte sobre un lago oscuro que anegaba el parqué, una mancha que crecía de a poco y debía verse de un rojo sucio a plena luz del día. Recordó que junto a la puerta yacía el cuerpo del hombre en posición casi fetal, con al menos dos tiros en el estómago. Se le aflojaron las piernas, y cuando volvió a mirar hacia arriba, esta vez sí, por instinto, amartilló el arma.

Una voz ronca estalló de furia.

—¡Se van, mierda! ¡Se van o la mato!

Una voccecita de niña asustada gimió por segundos.

Bonet advirtió la proximidad del asesino, y también que allí, en la escalera, presentaba un blanco fácil para el calibre 45 que,

según su apresurado cálculo por el estropicio de bala en la cara de la mujer, debía portar el criminal, quizás apuntándole en ese mismo instante a la cabeza. Se agachó y apoyó el mentón sobre uno de los peldaños. Giró y le hizo una seña a Rivero. El sargento asintió, y apagó la lámpara del living.

De nuevo irrumpió la voz, esta vez un poco ahogada.

—Yo no quise... Nunca pensé en matar a nadie. —Las palabras se le mezclaban con saliva—. ¡No soy un criminal!

Bonet lo midió con cautela. No era la voz de un vulgar delincuente, sino de alguien con cierta educación. Alguien que parecía arrepentido, y también asustado. El oficial inspector no levantó la guardia. Sabía de lo imprevisible y mortal que podía ser el miedo en un hombre armado.

—¡Encienda una luz! —ordenó. A veces, una voz autoritaria doblega al indeciso.

—Yo no quería esto —gimió la sombra—. No quería.

—¡Enciéndala! —Y apuntó a la negrura temiendo algún truco. Sostenía el arma con las dos manos, apoyando los codos sobre el peldaño de piedra. Se dijo que no podía disparar porque había una criatura, y también que si no disparaba podía quedar él mismo con un agujero de plomo en la frente, besando el sucio y frío escalón para toda la eternidad. Escuchó un ruido serpenteante y áspero, como una mano reseca deslizándose por la pared. Sabía que eso podía significar cualquier cosa.

—Cuidado, Sergio —susurró el sargento—. Mejor bajá, ya viene la brigada.

La mano del inspector sudaba sobre la culata metálica y su dedo se tensaba sobre el gatillo, pero un nuevo gemido de la niña lo hizo declinar el arma. Se sintió atrapado y, curiosamente, dejó de tener miedo; algo en él se resignaba a ser un hilo que podía romperse.

—¡Encendé la luz o te tiro, boludo! —gritó el sargento desde abajo. La voz se le volvía rugido cuando apuntaba con su Browning.

Y todo se iluminó. Bonet vio al hombre de saco gris y lentes de gran aumento que bajaba la mano del interruptor; con la otra soste-

nía a la niña, inmóvil y llorosa, los ojos tan abiertos como dos bocas que gritan. El revólver descansaba en el piso. La sorpresa fue total, Bonet no atinó a nada. El hombre recogió su arma con temblorosa parsimonia. Tendría unos cincuenta años, quizás menos, estaba sudoroso y pálido. Su rostro le resultó familiar, pero de momento no supo ubicarlo. ¿Qué clase de tipo mata a dos personas y se atrincheró con una niña sin haber robado nada, ni buscado escapar? ¿Un demente? ¿Un drogadicto? ¿Un tipo normal en su día de furia? Quién sabe por qué un hombre común y corriente llega a cometer un hecho monstruoso. Lo único cierto era que ese hombre tenía un arma y a una criatura aterrorizada, y eso lo hacía casi invencible.

—Escuche —tanteó Bonet—, no sé qué carajo le pasó ni voy a preguntárselo, pero no parece la clase de persona que le haría daño a una chiquita de... ¿cuánto? ¿Siete, ocho años?

Sus palabras tuvieron el mismo efecto que un cachetazo amistoso. El hombre empezó a sollozar mientras apoyaba la cabeza de la niña sobre su pecho, sin amenazarla.

—No te preocupes —le dijo—. No te preocupes, querida.

Bonet suspiró aliviado, la cosa podía terminar bien si iba de a poco.

—A todos nos toca un día de mierda —concedió el inspector, y fue más allá—. La vida es una conchuda mierda. Uno aguanta y aguanta, hasta que explota por dentro. Es lo que le pasó, ¿no? A muchos les pasa, y nadie sabe por qué. ¿Cómo se llama?

Silencio. Bonet tragó saliva, se preguntó si había elegido las palabras correctas.

—Mülberg. Hernán Mülberg.

«Bingo», pensó el inspector. «Tranquilo, todo va bien». Había que mantener la comunicación y la calma. Fue en ese momento que le resonó el nombre mencionado, le apuntaló la sensación de conocer al tipo de algún lugar.

—Escuchame, Hernán. Te tuteo, ¿está bien? No sé por qué te sacaste ni por qué liquidaste a esa gente. Pero ya está. Si parás ahora... alegás locura temporal. Un psiquiatra le pone la firma y el sello. La vas a sacar barata.

Mülberg lo observó a través de sus lentes.

—¿Barata? —murmuró.

—Unos pocos años y estás libre. Es posible que ni siquiera vayas a la cárcel. Cualquiera abogado mediocre te mete en un hospital, y de ahí a la calle. Vos sabés cómo es.

El hombre se encogió de hombros como si nada en el mundo le importara.

—Claro que lo sé. —Soltó una risita que fue creciendo en amargura—. Así son las cosas aquí, ¿no? Todo se arregla, nunca pasa nada.

Bonet empezó a inquietarse, algo andaba mal, pero no podía definir qué maldita cosa. No vio otra opción que seguir por la misma senda.

—Ahora soltá a esa chiquita inocente. —Y recordó que la técnica era dirigirse al sospechoso en lo posible por su nombre, apelar a esa palabra inaugural que lo había bautizado como ser humano—. Vamos, Hernán, estoy seguro de que no querés hacerle daño a esa criatura, está muy asustada, vamos, dejala ir, es lo que te diría tu abogado, eso va a predisponer al juez a tu favor.

El hombre miró a la niña con cierta pena distante, luego al inspector.

—Usted no entiende —dijo arrastrando las palabras—. No me interesan los favores, ni los atenuantes, ni la reducción de pena.

Bonet comprendió que no se trataba solo de un tipo al que le había saltado la térmica. Sabía de leyes y actuaba como si nada tuviera que perder, y eso lo convertía en una bomba de tiempo. El inspector retomó la conciencia de la culata metálica en su mano.

—No me reconoce, ¿verdad? —dijo Mülberg—. No puede. Mi caso duró muy poco en los medios. Lo que lleva en aparecer el próximo crimen. O hasta el partido del fin de semana.

Entonces lo recordó. Hacía dos, o quizás tres años. Hernán Mülberg. Su hija, apenas una adolescente, había sido violada y asesinada. Su cuerpo apareció con las ropas desgarradas junto a las vías del tren, muy cerca de la estación Devoto.

La chiquita gimoteó y pidió ver a su mamá. Müllberg la apretó contra su cuerpo y le pidió silencio; apoyó el caño del arma en sus propios, agrietados labios.

—Era... la luz de mi vida, ¿sabe? Mi única hija, mi única compañía desde que falleció su madre. Ella... estaba tan llena de alegría. Cantaba, siempre, todo el tiempo cantaba.

Se escuchó una sirena policial.

—La brigada —alertó el sargento.

Müllberg apuntó con su arma a la niña. Ella cerró los ojos y comenzó a llorar.

—¡Soltala, hijo de puta! —estalló Bonet, mientras encañonaba la cabeza del tipo—. ¡Soltala o te desparramo los sesos por el patio!

El hombre lo miró sorprendido.

—Ya le dije que no quería lastimarla —manifestó con una voz calma que a Bonet se le hizo irreal—. No a ella.

—¿Y a quién entonces?

Müllberg se mordió el labio inferior, sus ojos se elevaron hacia un lugar impreciso, a la noche sin luna.

—Ojo por ojo... —murmuró.

—¿Qué?

—... diente por diente.

—¿Qué es esto? —se exasperó Bonet—. ¿Una venganza?

Müllberg lo miró desde la nada.

—¿Sabe quiénes son ellos, los que maté? —Y sonrió para prolongar un macabro suspenso—. Okupas, viven de eso. Ocupan el lugar y después lo venden a otros okupas. Se metieron ilegalmente en esta propiedad. Les fui siguiendo el rastro hasta encontrarlos.

Se oyó la puerta de calle abrirse de golpe, y algunos pasos.

—¡Que no suban, Rivero! —gritó Bonet, y siguió indagando a Müllberg—. No sé de qué mierda me hablás. ¿Qué tiene que ver que sean... que hayan sido okupas? ¿Esta es tu propiedad?

—¿Mi propiedad? No, claro que no. Los seguí, hace rato que vengo siguiéndolos. ¿Se acuerda de Montes? Eusebio Montes, esa

basura que violó y mató a mi hija. Le habían dado cadena perpetua, ¿se acuerda?, pero el tribunal revisó la causa y decidieron... socializarlo...

—Hernán...

—Ya tenía un proceso por violación, y estaba en libertad condicional cuando atacó a mi hija. Y ahora quieren... socializarlo. Le van a achicar la condena. En vez de homicidio simple le van a poner... preterintencional. No era su intención matarla, dicen... Pasa que mi hija se resistió y a él se le fue la mano... Y lo largan.

—Escuchame, Hernán...

—En pocos años lo largan... Va a andar por la calle, como un animal, buscando otra presa... Otra chica inocente. ¿Me entiendes? ¿Entiende por qué los maté?

—No, no entiendo. ¿Qué tiene que ver esta gente con...?

Mülberg alzó el tono como si le prestara palabras a Dios.

—¡Son los padres de esa hiena! ¡Los padres, los que lo hicieron lo que es! ¡Los que lo convirtieron en el asesino de mi hija, de mi Verónica! ¡Ojo por ojo! ¡Ahora ese hijo de puta va a saber lo que es perder a un ser querido, va a sufrir lo que sufrí yo, y va a saber que murieron por su culpa!

A Bonet se le contrajo el estómago. No lo perturbaba tanto la confesión delirante de Mülberg como la inquietante idea de simpatizar con sus motivos.

—Es una condena de por vida —sentenció el hombre—, y nadie podrá conmutársela. ¿Me entiende ahora, oficial? ¿Me entiende?

Irrumpió la voz altisonante del comisario inspector Araujo, de la brigada.

—¡Bonet! ¡Baja! ¡Nos encargamos nosotros!

El inspector dudó un instante. Buscó los ojos cerrados de la chiquita, recorrió las lágrimas que le surcaban la cara. Tomó aliento.

—Hernán —dijo—. Entiendo lo que sentís. Yo en tu lugar a lo mejor hacía lo mismo. Pero... la chiquita... Ya está, ya te vengaste.

—¡No es mi venganza! ¡Es un castigo! ¡El justo castigo!

—Está bien, el justo castigo. Pero esa nena es inocente, está ajena a todo esto. Es... podría ser tu hija. Si la matás a ella es

como repetir el crimen, pero esta vez lo cometerías vos. Matás a esa nena y es como si volviera a morir tu hija.

Mülberg lagrimeó y apretó a la niña en sus brazos.

—Yo solo quería... abrazarla, como abrazaba a mi hija. Verónica, mi Verito... —Y le dio un beso en la frente—. No llores, querida. Todo va a ir bien. Va a ir bien.

Acto seguido la soltó. La niña quedó paralizada, llorando. Bonet le alargó un brazo.

—Vení. Dale, hija. ¿Cómo te llamás?

La niña lloraba sin poder responder.

—No importa. Dale, vení.

Mülberg la tomó suavemente de los hombros, impulsándola a bajar.

—Dale, querida. Andá con él. Y perdoname.

La niña bajó dos peldaños. Bonet la tomó entre sus brazos y se la pasó a Rivero, que estaba detrás, muy cerca. Ahora venía lo más difícil: que Mülberg entregara su arma.

—Muy bien —dijo Bonet—. Hiciste lo correcto, Hernán. Ahora, dale, soltó el arma y vení conmigo.

Mülberg contempló las pocas estrellas que techaban el patio, sin responder.

—Hernán —insistió el inspector—. Entregate. Ya está, todo terminó.

El hombre respiró hondo y sonrió, parecía estar en paz.

—Es cierto —dijo—. Todo terminó.

Sin mediar un gesto anticipatorio, y con inusitada calma, fue llevando el caño de la pistola al interior de su boca.

—¡No, pará! —gritó Bonet.

El estampido fue seguido por una llovizna roja que tiñó la cara del inspector. Todos los sonidos se apagaron. Sintió el olor acre de la sangre mezclado con el de la pólvora quemada. Quedó sentado sobre el escalón, con la mirada fija en el cuerpo silencioso de Mülberg.